

EL CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Teatros, Labores y Modas.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. La jóven africana, por don A. Pirala.—Cartas á Julia, por doña Angela Grassi.—A Elisa [poesía], por don J. F. Simonet.—El cirujano de Marina [continuacion], por don R. R. de Mendoza.—Teatros, por don Antonio Arnao.—Modas, por doña Aurora Perez Miron.—LAMINA: *Figurin de detalles.*

INSTRUCCION.

LA JÓVEN AFRICANA.



UNQUE no tan desconocida el Africa como la China, hay regiones en ella de las que apenas se tienen noticias. Se puede hablar, sin embargo, con mayor fundamento, y se puede formar mas exacto juicio; contribuyendo cuanto se sabe á compadecer la suerte de una juventud llena de belleza y sensibilidad que vive en la molicie y la ignorancia, y sumida en una especie de esclavitud denigrante. Allí vejeta la mujer, no vive; y sin embargo, en medio de tal embrutecimiento, las virtudes nativas, los impulsos del corazon existen como en cualquier parte. Si la abyeccion, la ignorancia y la miseria, son el patrimonio de muchos de estos pobres pueblos, la afeccion de la madre para con sus hijos, y de estos para con su madre, no es menos entrañable, porque es natural, y la naturaleza no obedece mas que á sus impulsos, siempre nobles y puros.

Allí está la Arabia: el sol disipa los densos vapores que envuelven la mañana cuando se presenta á dorar las colinas y á dar luz y calor; la claridad del dia se reproduce como una límpida flota sobre las vastas llanuras del arenoso desierto, y la jóven árabe, ya de pié, dirige su primera mirada al astro radiante, levantando con una mano la cortina de la

tienda donde ha reposado con sus padres, en tanto que sostiene con la otra su larga cabellera. Entra despues en su tienda, ora, y ayuda á su madre en los trabajos domésticos, y aun á veces en las faenas que exigen los camellos y las obejas, y va luego á la fuente mas próxima á llenar la vasija del precioso líquido necesario en el dia, reuniéndose allí todas las jóvenes, cual si esperaran á otro Eliecer. De la fuente vuelven á la tienda á llenar los quehaceres de la casa.

Así pasa la vida la jóven árabe, participando, al mismo tiempo de la jóven salvaje y de la joven civilizada: flor perfumada que crece en medio de las asperezas y de los ardores del desierto, y tiene las espinas y los aromas de la rosa; mas si no tiene la educacion de nuestras jóvenes, no le faltan los dones del corazon: hija piadosa y sumisa, venera á su madre y permanece obediente á la voluntad de su padre, lo mismo en la paz que en las disensiones intestinas, ó en las escursiones contra los enemigos de su tribu.

Dijimos al comenzar este artículo que la mayor parte de las jóvenes africanas vivian en el mas espantoso embrutecimiento, si bien en algunas partes, como en el Egipto, la Nubia, Marruecos y los Estados Berberiscos, tienen alguna especie de civilizacion, que deriva de las costumbres orientales, y reconoce su origen en el mahometismo; pero que no dá sino una parte de ventura, y esta relativa al sexo débil. Pero la parte mas numerosa de la poblacion femenina del suelo africano tiene una posicion desgraciada.

Si vivieran esas gentes entregadas á sí propias, si la avaricia de los hombres, y sobre todo la ambicion, no hubieran hecho tráfico de la especie humana, las pobres madres africanas criarían á sus hijos con menos vicios y degradacion que la que hoy se les ha

llevado, para comerciar mejor con ellos. Así se transporta mejor á una juventud lozana y robusta, para venderla por unos cuantos pesos en los mercados de América, donde, ó envejecen pronto, ó mueren antes. Arráncanse los hijos á la madre para venderlos, cuando no es vendida con ellos, y si en pueblos débiles y degradados aun, quedase algun resto de afecciones puras, de sentimientos dignos, los falsean y los perverten, porque no se quiere de ellos mas que salud y fuerza para que puedan trabajar.

Sublevadas ya las almas nobles contra un tráfico tan inmoral, perseguido, y al parecer pronto á espirar, aun podemos lisonjearnos con la esperanza de que luzcan mejores dias para esa pobre raza, y veamos que la mujer africana, que hoy se destina á la esclavitud, ocupa el lugar que le corresponde, para que pueda contribuir á la regeneracion de aquellos pobres pueblos.

A. PIBALA.

GARTAS Á JULIA.

X.

Lo primero que hallé al despertar á la mañana siguiente, fué la bondadosa sonrisa de la abuela.

—Te traia la cabrita, me dijo con dulce tono; mira qué linda es!

En efecto, era tan chiquitita que parecia un copo de nieve, surcado de algunas manchas negras. Siempre me habian gustado mucho las cabras por su aspecto inocente, pero ninguna tenia las formas graciosas de aquella, ni sus ojillos dulces y penetrantes.

Salté del lecho, me vestí apresuradamente, y la cogí entre mis brazos llenándola de caricias.

—El rebaño todavía no ha salido, dijo la abuela, ¿quieres que vayamos á buscarla alguna piadosa madre que la dé alimento?

Bajamos á la huerta, pues era preciso atravesarla para ir al establo. La mañana estaba deliciosa: cantaban los pájaros, murmuraban las fuentejillas, cielo y tierra parecian vestidos de fiesta, y el sol naciente dejaba escapar sus primeros rayos, que se deslizaban aquí y allí, llenando de rubies los sotos, convirtiendo en brillantes espejos los charcos de agua, ó penetrando por entre las hojas, y dibujando en el suelo un inmenso tablero de damas, formado con los alternados cuadritos de luz y sombra, y en cada uno de estos rayos se agitaba un mundo de insectos zumbadores, y cada uno de estos rayos llevaba consigo á todas partes la vida y la alegría!...

Al llegar á la mitad de la huerta dí un grito. Cual si las hadas se hubiesen encargado de realizar mi sue-

ño de la víspera, en el mismo sitio en que yo le habia ideado, se veia un jardincito, rodeado de una empalizada formada de mimbres y cubierta de hojarasca. Es verdad que las flores no brotaban del suelo, sino de las macetas colocadas allí en muy buen orden; pero por esto no ostentaban menos sus bellísimos colores, ni embelesaban menos el aire con su suavísimo perfume.

¡Cómo podré explicarte mi asombro y mi alegría!

El buen Antonio estaba allí, contemplándome con aire satisfecho. Mis miradas pasaron de él á la abuela; tambien ella parecia gozar mucho con mi sorpresa.

—Ah! cuán buena es Vd. ! exclamé besándola la mano.

—Dí mas bien, cuán bueno es el pobre Antonio, me respondió con su acostumbrada modestia; pues ha velado toda la noche para realizar esta maravilla.

Las mejillas del viejo se cubrieron de púrpura, y empezó á dar vueltas entre sus manos á su pobre gorro, que era siempre su cómplice cuando queria disfrazar su turbacion.

No sé que mal génio me inspiró en aquel instante, pues saqué del bolsillo una moneda de plata, y fuí á ponerla en su mano callosa y ennegrecida.

Antonio nada dijo, pero una lágrima que se asomó á sus párpados me reveló que acababa de herirle en su delicadeza. Entonces recogí apresuradamente la moneda y le estreché la mano con efusion.

—Perdone Vd., le dije confusa, he vivido hasta ahora en la capital, y estoy habituada á sus costumbres. Allí se pagan los servicios, sin pensar si son producidos por el interés ó por el sentimiento, ó por mejor decir, siempre es allí el primero el móvil de todas las acciones. ¿Me perdona Vd.?

El rostro de Antonio se dilató con una espresion de inmenso júbilo, fijó en mí sus miradas llenas de gratitud, y quiso balbucear un cumplido, pero solo acertó á decir:

—Ah! señorita! viva Vd. mil años!

—Bien, Enriqueta, muy bien, añadió la abuela dándome palmaditas en el hombro; es de almas nobles reconocer sus yerros y enmendarlos.

Este elogio, y la satisfaccion que brillaba en los ojos de Antonio me llenaron de contento, y corrí á besar una por una las hermosas flores, mis nuevas amigas, á las cuales prometia en el fondo de mi alma cuidados y caricias. Pero de repente una penosa reflexion vino á turbar mi alegría.

Bajé la cabeza, y me dirigí tristemente al sitio en donde me esperaba la abuela.

—Qué tienes? me preguntó ésta sorprendida con mi extraño cambio. Y viendo que guardaba silencio, prosiguió con inefable dulzura. No soy el médico de tu espíritu? Cómo quieres que te aplique el remedio si ignoro las vicisitudes de tu enfermedad?

—Ah! es que me ha tratado Vd. como á una niña, murmuré en voz baja.

—Te trato como lo que eres, Enriqueta. Tan ridícula sería una jóven de veinte años que quisiese aparentar la austeridad y el desencanto de los sesenta, como la mujer de sesenta que corriese en pos de placeres fútiles y pueriles.

Tú has deseado una cosa justa y análoga á los gustos de tu edad, y me he apresurado á complacerte. ¡Ojalá que como esas flores hubiese podido proporcionarte todas las felicidades que yo ambiciono para tí!... Está tan en armonía la juventud del corazón con la juventud siempre renaciente de la naturaleza! Se hermanan tan bien con un alma vírgen, los pájaros inocentes, las perfumadas florecillas!

¡Dichosos los que cifran sus goces en la naturaleza, y adoran al Creador adorando las obras salidas de su mano! Una maceta de rosas en una ventana, un pájaro que canta dentro de una jaula, colgada en el portal de una casa, son indicios de que los que la habitan son de costumbres suaves y morigeradas.

Además, Dios es un buen padre, Enriqueta, es un buen padre, que quiere que sus hijos se recreen con cosas sencillas y honestas; por esto ha llenado el cielo de soles y luceros, y la tierra de paisajes tan bellos y variados, para que todas estas magnificencias deleitasen nuestra vista; y si ha dado su sonoro bramido á los mares y á los vientos, su música á las aves y á la brisa, ha sido para que embelesasen también nuestros oídos! Lejos de ser un crimen buscar un solaz apacible, es servir y honrar á Dios mostrarse contentos con el lote que nos ha dado en suerte, y agradecer á sus inmensos beneficios. El que nos ha otorgado con mano pródiga tantas y tan variadas cosas para nuestro alimento material, no podía negarnos el alimento intelectual, que dilata el ánimo, abrumado por las contrariedades de la vida. Gozar con moderación y hacer que gocen cuantos nos rodean, es uno de los deberes que tenemos que cumplir, y así como la abeja saca miel hasta de la planta mas humilde, debemos procurar nosotros sacar de todos los objetos de la creación un bálsamo puro y suave que nos sature el alma!

Por lo demás, no temas que el cultivo de las flores y el cuidado de tu cabrita te impidan dedicarte á los quehaceres domésticos, en los cuales reclamas juiciosamente tu parte. Un filósofo ha dicho: si quieres duplicar tu vida, levántate con el sol.

Mientras hablábamos así llegamos al establo.

Este era un cuadrilátero inmenso, pero entonces contenía un número reducido de cabras y de ovejas, pues nuestra crítica posición, había obligado á la abuela á desprenderse de las demás.

Cerca de la puerta había una hermosa cabra blanca y negra, que estaba amamantando á dos chotitos. Yo puse junto á ellos mi recién nacida, y la intelligen-

te madre, como si hubiese comprendido mi idea, se acercó á ella y la dió de mamar, sin cuidarse de los balidos de sus hijuelos, que hacían desesperados esfuerzos para retenerla junto á sí.

Una visita importuna me interrumpe, Julia mía. Nunca han de faltar mujeres negligentes que, no queriendo ocuparse en sus casas, vayan á robar un tiempo precioso, á las que por desdicha llaman sus amigas!

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

Á ELISA.

De virginales gracias
Eres, Elisa,
Riquísimo tesoro
Que das envidia
A cuantos saben
Apreciar la inocencia
En lo que vale.

Mas, ¿cómo un canto digno
Podré rendirte
Si tú eres flor lozana
De los Abriles;
Y hace ya tiempo
Que en mis campos las flores
Secas cayeron?

Para cantar tu hechizo,
Flor de las flores,
En mis secos vergeles
No hallo colores;
Ni hallo armonías
En donde ya callaron
Aves y brisas.

Mas fuerza es que otros tiempos
Mi mente evoque,
Y en los recuerdos busque
Inspiraciones
De la edad breve
En que fué cual la tuya,
Mi vida alegre.

Que alegre nuestra vida
Su curso empieza,
Como un río que brota
Entre florestas,
Y al cabo tuerce
Su curso, y en un páramo
Triste se pierde.

Por eso el alma mia
 Con amor guarda
 Las queridas memorias
 De aquella infancia,
 En cuyos sueños
 Tuve de tu hermosura
 Presentimiento.

Allí entre ilusiones
 De amor y gloria,
 Una mujer veía
 Tan seductora,
 Que, hija del cielo,
 Hasta hoy en mi existencia
 No tomó cuerpo.

Dulce, risueña, cándida,
 Tierna y amante,
 Era como nos suelen
 Pintar los ángeles;
 Y acaso entonces,
 A esa imágen hermosa
 Dí yo tu nombre.

Por aquel bello tipo,
 Tan puro y tierno,
 Amor indefinible
 Sentí en mi pecho:
 Amor del alma,
 Que no cumple en el mundo
 Sus esperanzas.

Tal la imágen celeste
 Fué, bella Elisa,
 Que de una mujer ángel
 Yo concebía:
 Hoy que la encuentro
 En tu tierna hermosura,
 Bendigo al cielo.

F. J. SIMONET.

EL CIRUJANO DE MARINA.

[Continuacion.]

El descubrimiento de esta carta le ocasionó una verdadera cólera. La idea de que su vida, que hubiera querido ocultar á todo el mundo, era escudriñada de este modo, y la de que todos podían dirigir sobre ella una mirada curiosa, le llenó de indignacion. No pudiendo dominar su agitacion, balbuceó algunas excusas á Mad. Perscof, guardó la carta y entró en la fonda.

Miss Morpeth, que le esperaba, sonrió al divisar-

le; mas Launay se dirigió al balcon donde ella estaba sin responder á esta sonrisa.

—Dios mio, qué teneis, Eduardo? le preguntó con temor.

Por toda respuesta la enseñó la carta. Fanny arrojó una mirada sobre el papel, se sonrojó y bajó los ojos. Launay estrujó el papel con ira.

—¿No es verdad, señorita, que hay personas tan prudentes que no abren su corazon, sino como se abre un crédito, despues de adquirir noticias, y cuyo amor no se declara sino en vista de un certificado de buenas costumbres.

—¡Eduardo! exclamó Fanny levantándose.

Pero Eduardo no la escuchó.

—Esas personas no comprenden sin duda que desconfiar es lo mismo que despreciar: quieren mejor creer en lo que les dice un extraño á quien preguntan, que en las palabras del hombre que les ha consagrado enteramente su alma. Y, pues, es la sospecha la que forma el anillo de su alianza, no dan su afecto sino sobre buena hipoteca. ¿Qué os parece miss Morpeth, de semejantes personas?

Fanny le habia escuchado sin hacer el menor movimiento; solamente habia ido empalideciendo mas y mas á medida que Eduardo hablaba. Cuando éste se detuvo, ella puso dulcemente la mano sobre su brazo, y con un acento indecible, tanto tenia de doloroso, le dijo:

—Nada sé, Eduardo, de esas gentes de que hablais, bien lo sabeis, porque os he amado cuando apenas conocia vuestro nombre. Esa carta, que aunque no os ofende, es la causa de vuestro disgusto, no me ha sido dirigida, no soy yo quien la he procurado. Al leerla, he llorado de júbilo, porque en su contenido leia vuestro elogio, y que podia vencer muy bien cualquier obstáculo; mas, ¿por qué habia yo de procurarme noticias vuestras? ¿He pensado acaso en daros las mias? Os conocia mejor que nadie, porque os amaba mas; pero no he podido impedir este paso que os ha irritado. Yo he causado el perjuicio, puesto que vos sufrís; mas vos me perdonareis una falta; ¿no podeis perdonarme?

Estas palabras habian sido pronunciadas con tan angélica dulzura: habia en el gesto, en la voz, en la mirada de Fanny tal sencillez y verdad, tal dolorosa sinceridad, y por decirlo así, tal modestia, que Eduardo permaneció absorto. Su resentimiento se amortiguó con esta sumision. Llegaba furioso, con la mano levantada, y hallaba un niño de rodillas que con una palabra le provaba su inocencia y le pedia sin embargo perdon. ¿Qué cólera no se estrellaria ante tan humilde ternura? Por eso cogió las manos de miss Fanny, y apretándolas contra su pecho, le dijo.

—Es verdad: soy un loco y vos un ángel, mas la idea de una desconfianza por vuestra parte me ha puesto fuera de mí; he sido demasiado ligero. Es hoy como

siempre á ese hombre, á quien he debido acusar. Cada vez que tengo un disgusto debería pensar en él, porque le hallo siempre en mi camino.

—No le juzgueis, en nombre del cielo! Eduardo, no le juzgueis todavía, esperad á conocerle mejor.

—¿Quién quiera que sea, deberé darle gracias del mal que me hace?

—Puede ser, amigo mio.

—No os comprendo, Fanny.

—Tampoco os he suplicado yo que me comprendais, sino que me creais, dijo con una encantadora sonrisa.

Eduardo, seducido, añadió.

—Teneis razon; siempre teneis razon, Fanny; es que soy un insensato atormentandóos así. Ya lo veis, estoy tan poco acostumbrado á la felicidad que no sé servirme de ella. La contemplo y la desperdicio sin razon. Perdonadme. Conozco cuán bien poco os merezco...

—Basta, le interrumpió alegremente la jóven colocando sobre los labios de Launay sus dos manos, que él besó con amor; os perdono, pero no pequeis mas.

Los dos amantes se sentaron todavía el uno al lado del otro y comenzaron una de esas conversaciones imposibles de describir, mezcla de palabras sin hilacion, de gestos juguetones, de locuras serias y de endiabladas caricias. Su amor parecia haberse duplicado: tal es el efecto ordinario de las querellas. Se parece entonces la pasion á un niño enfadado largo tiempo á quien se acaba de perdonar, que busca el medio de hacer olvidar sus faltas en las mil gracias con que se produce. Fanny y Eduardo se entregaron á todas las puerilidades hechiceras y habituales en semejantes casos. Desvarios, recuerdos, confidencias, idolatrías, nada fué olvidado. Por último, era preciso saber cuál de ellos amaba mejor: eterno debate entre los amantes, siempre en discusion, y jamás resuelto.

—Yo amo mas que vos, porque os debo mas, repetia Launay, jugueteando con las puntas del chal de Fanny.

—No se puede nunca deber mas que la dicha.

—Es que yo amo vuestra dulzura, vuestro talento, vuestra belleza; pero vos qué podeis amar en mí?

—Amo vuestro cariño.

—Oh! sí: amad eso Fanny, exclamó el jóven, amad eso, porque es la sola cosa que estoy seguro de no perder jamás: teneis razon, este es mi encanto, amad mi amor, porque es inmenso, porque es el primero, el único que he sentido.

—El primero, el único, repetia Fanny moviendo la cabeza, y sin embargo esta mano lleva una sortija en señal de alianza.

—Este anillo? Ah! no seais celosa; esto no es sino que á falta vuestra, él me proporcionará una desposada, y entonces mi infidelidad no podrá lastimaros.

« *Mi sombra, como la del poeta, tendrá por alas el viento, y viajará cubierta por una nube sombría.* »

—Qué quereis decir?

—Nada, nada, niña; no nos ocupemos sino del presente, habladme de vuestra ternura, si me amais siempre, porque todavía no me lo habeis dicho.

—Malo! murmuró Fanny sonriendo confusa.

—Malo, quiere decir, os amo un poco, no es esto? Y por lo tanto, señorita, vos estais bastante bien educada para amarme delante de todo el mundo: cuando no estamos solos y busco vuestras miradas, bajais vuestros grandes párpados, como una colegiala en visita, y haceis de vuestras largas pestañas una especie de abanico á vuestro corazon. Entre vosotras, esto se llama, yo creo, decencia, mas en el diccionario, mi bella Fanny, esto se nombra hipocresía.

Y miss Morpeth hizo una exclamacion.

—Hipocresía, Fanny, repetia Eduardo sonriendo, y de la menos lógica, porque ¿qué necesidad hay de ocultar el amor cuando no se oculta la amistad? Vos sonreis á Mr. Burns y no á mí, le acordais favores que á mí me rehusais.

—Cuáles son estos?

—Mil: por ejemplo, este chal os lo ha regalado él. ¿llevaríais del mismo modo un presente mio?

—Qué diferencia!

—No la veo. ¿Por qué no concederme este favor? Admitid de mi mano un broche para este mismo chal, Fanny, y cada vez que le vea me diré que quereis establecer una dulce igualdad entre Mr. Burns y yo.

—Mas tarde, respondió la jóven, pronta á ceder.

—Os lo enviaré luego, dijo Eduardo.

En esto entraron algunas personas.

Una hora despues, Launay registraba un cofrecito ricamente guarnecido, y sacaba de allí un magnífico camafeo, que Fanny recibió aquel mismo dia con un billete, que contenia estas solas palabras.

« Esta es una alhaja de familia; pertenecia á mi madre, ella es la que la ofrece á su hija. »

Así como Eduardo lo habia previsto, estas dos líneas disiparon los últimos escrúpulos de la jóven, y cuando bajó por la noche á la sala general, donde los bañistas estaban reunidos, descubrió á miss Morpeth, á quien cercaban muchas personas, para que él pudiese hablarla; pero que le buscaba con los ojos: el camafeo adornaba su chal. Eduardo le dió gracias con una mirada de reconocimiento y amor.

En este momento Mr. Burns entró. Despues de haber saludado á todos, se aproximó á miss Morpeth; inclinándose hácia ella para hablarle. Sus ojos encontraron el camafeo y se detuvo cortado.

—¿Qué teneis? le preguntó Fanny asombrada.

—No os conocia este dije, le interrumpió, designando el broche.

Miss Morpeth se que dó confusa.

—Desde cuándo se halla en vuestro poder ?

—Hoy solamente.

Mr. Burns se aproximó mas y le examinó detenidamente.

—A quién lo habeis comprado ?

—No ha sido compra, murmuró la jóven, no atreviéndose á alzar la vista.

Mr. Burns hizo un brusco movimiento de sorpresa.

—Quién, pues, os le ha dado ?

Fanny no respondió.

El inglés dejó escapar entonces una exclamacion de descontento y pareció dispuesto á dirigir una reconvencion ; pero como si hubiese comprendido de pronto que el lugar no era favorable para una esplicacion, le dijo :

—Ya hablaremos de esto ; ¿ quereis confiarme únicamente por un momento este camafeo ?

Miss Morpeth, temblando, desprendió la alhaja y se la entregó. Mr. Burns la contempló largo tiempo con singular atencion ; le dió vueltas en todos sentidos, examinándole en sus menores detalles con aire de incertidumbre : mas de repente un recuerdo pareció iluminarle ; colocó el dedo sobre una aspereza imperceptible y el camafeo se abrió, no pudiendo el anciano retener una exclamacion al ver que habia cedido á la presion ; Fanny seguia todos sus movimientos con una especie de espanto : él se volvió bruscamente hácia ella.

—¿ De dónde le ha venido á Mr. Launay esta alhaja ?

—Pertenece á su madre.

—Os ha dicho eso ?

—Sí.

La frente del inglés se entristeció. Apartóse, teniendo siempre el broche en la mano, y se puso á pasear en el fondo de la sala. Sus ojos miraban alternativamente al camafeo y á Launay, que, colocado á alguna distancia, no habia notado nada. En fin, pareció que tomaba repentinamente una resolucion, al ver que se aproximaba al círculo de los bañistas.

En este momento hablaba un francés de la expedicion del Éufrates y de los peligros que corrian los exploradores en medio de estos pueblos salvajes.

—Los peligros á que se está espuesto en Europa no son menos graves, observó Mr. Burns, y pocos viajeros habrá que no hayan corrido el riesgo de la vida, al menos una vez.

—En los caminos de Inglaterra puede ser, respondió el francés, descontento porque le hubiesen interrumpido.

—En Francia mismo, caballero ; aun no hace todavía doce años, que yo que os hablo, he sido asesinado.

(Se continuará.)

R. R. DE MENDOZA.

TEATROS.

Cada dia que pasa ofrece una nueva dificultad para nosotros, si queremos como de ordinario llenar nuestro cometido en este periódico. Ha poco, aunque cerrados los teatros madrileños, presentábase de vez en cuando alguna novedad, puesto que el de la ZARZUELA nos proporcionaba estrenos á que podia convertirse la atencion. Hoy ya han desaparecido tales circunstancias, y sólo de una produccion muy ligera, y de mero pasatiempo podemos hablar en esta reseña como de cosa no conocida todavía. El único interés por lo tanto que despiertan en la actualidad los asuntos relativos á teatros se cifra en las noticias que comienzan á circular sobre formacion de compañías para el año venidero. De semejante particular trataremos tambien nosotros, pero con la debida oportunidad, esto es, cuando dicha formacion se halle muy adelantada y puedan comunicarse noticias de interés y certeza.

En la noche del jueves último se verificó en el teatro de la calle de Jovellanos un beneficio, el del apreciable actor Sr. Arderius. Todas las localidades se veian ocupadas por una concurrencia escogida que atrajo á no dudar, á más de lo general de la funcion, la reaparicion de la zarzuela *El hijo de D. José*, refundida por su autor, quien así lo anunciaba en los carteles.

Ya recordarán nuestras lectoras que con motivo de esta produccion se ocasionaron lamentables disgustos, fundados en la condicion de alguno de los personajes. Pues bien, el autor ha querido hacer desaparecer hasta el más ligero motivo de agravio, y al efecto ha variado completamente lo relativo al personaje en cuestion, sustituyendo al antiguo otro llamado *El frenólogo Lopez*. De este modo ha conseguido su objeto en cuanto al deseo espresado, pero no así en cuanto al de producir efecto, pues la innovacion carece de interés. El público oyó en silencio *El hijo de D. José*, dando á entender que en su concepto nada habia ganado la zarzuela bajo los puntos de vista teatral y literario.

El beneficiado señor Arderius declamó un monólogo cómico hecho para él, y titulado *Un estreno*. Este juguete, pues tal calificacion merece, arrancó en algunos momentos la risa de los espectadores que celebraron algunos de sus chistes, pero decayó en el final y no se preguntó el nombre de su autor.—Nosotros hemos visto representar en esta corte el original francés de que está tomado *Un estreno*, si bien no recordamos su nombre en estos instantes. Por lo que de dicho original conservamos en la memoria, creemos que el arreglo ha sido hecho con bastante acierto, acomodándolo á las condiciones peculiares del teatro de la ZARZUELA.

En la noche de que venimos hablando se ejecutó también *La isla de S. Balandrán*, cuya obra como saben nuestras lectoras es una graciosa farsa que atrae mucha concurrencia. De ella hablamos en la anterior revista, pero no pudimos copiar nada de la misma por falta de espacio. Hoy que contamos con éste vamos á subsanar aquella falta.

Trascribiremos un solo trozo que dará idea de la índole y forma de la zarzuela.—Luis y Juan, que han hecho una escursión aereostática van á caer á una tierra desconocida. Cuando están discurrendo acerca de su futuro destino, oyen aproximarse una extraña música militar. Al poco aparece un cuerpo de tropas, bizarramente uniformado, cuyas tropas se componen únicamente de mujeres. Después de la recíproca sorpresa, Dalia, *general de la guardia real*, habla así con los dos advenedizos:

- DALIA. Esta es la célebre isla
de San Balandrán.
- JUAN. Es esta
la misma que los marinos
nunca logran ver de cerca,
y cuanto mas la persiguen
tanto mas huye y se aleja?
- DALIA. La misma: cómo vinisteis?
- LUIS. Montados en dos cigüeñas.
- JUAN. Y cómo hablas español?...
- DALIA. Porque nuestra isla era
parte de un gran continente,
donde se hablaba esa lengua,
que soldados españoles
estendieron con sus guerras.
Los antiguos terremotos
y volcanes desprendiéronla,
y sobre plantas marinas
flotando, el viento la lleva,
todos los mares recorre
y nadie entrar puede en ella.
Por eso ya sois esclavos.
- LUIS. Pero aquí mandais las hembras?..
- DALIA. Qué te asombras?.. No sucede
otro tanto en vuestra tierra?
- JUAN. Allí mandamos los hombres!.. (*Con énfasis.*)
- LUIS. (Y en nosotros mandan ellas!...)
- DALIA. Así andarán los negocios!... (*Se rie la guardia.*)
Já, já, já, já! qué rareza!... *dia.*)
- JUAN. Quién eres tú?...
- DALIA. General
de la guardia de la Reina,
presidente del Consejo
y Ministro sin cartera.
- LUIS. De modo, que aquí vosotras?...
- DALIA. Unas hacemos la guerra
ó gobernamos los pueblos,
otras estudian las ciencias

y ejercen las profesiones,
otras cultivan las tierras,
y todas con su trabajo
á sus familias sustentan.

- JUAN. (Esto es una ganga, chico!...)
- LUIS. (Calla, no nos comprometas!...)
- JUAN. Pero entretanto los hombres?...
- DALIA. Cuidan las cosas domésticas,
y como cumple á su sexo,
repasan la ropa vieja,
hacen dormir á los niños,
guisan, nos calzan y peinan,
y para matar el ocio,
bordan, hilan y hacen media. (*Sorpresa en ellos.*)
- JUAN. (El mundo al revés!...)
- LUIS. (Y ahora,
te conviene?...)
- DALIA. La sorpresa
de vosotros no me esplico!...
No os agrada mi presencia?
O el traje de mis soldados
os disgusta?
- LUIS. No, guerrera.
- JUAN. Al contrario: la alegría
que nuestra alma experimenta
ante esa graciosa túnica
que los ojos embelesa,
á dolorosos recuerdos
de nuestra patria nos lleva.
- LUIS. Allí todos trabajamos
para que lo gasten ellas!...
Allí, los que somos pobres,
pasamos la noche en vela,
en tanto que las mujeres
comen, beben, se pasean,
nos tienen acoquinados,
nos visten con estas telas,
no cabe una mujer sola
dentro de una carretela,
y van barriendo las calles
con largas colas de seda.
- JUAN. Isla de San Balandrán,
salud y bendita seas!...

Con el pasaje que acabamos de copiar, formarán nuestras lectoras idea del asunto de *La isla de S. Balandrán*. Ya comprenderán la razón que teníamos al decir que su índole era graciosa y ocasionada á chistes.

ANTONIO ARNAO.



MODAS.

Aunque las tempestades de estos días han refrescado la atmósfera y se disfruta en Madrid de una temperatura agradable, muy parecida á la que nuestras elegantes viajeras van á buscar en las provincias del Norte, como la señal de marcha estaba ya dada, abandonan presurosas la córte y se dispersan en todas direcciones.

Ya dijimos en nuestra revista anterior que el traje de viaje se compone decididamente de vestido y saco, ó vestido y rotonda de una misma tela. Estos trajes se guarnecen de trencillas de estambre ó de algodón, blancas ó del color de la tela, y algunas con cinta de terciopelo estrechita. El fular, el alpaca inglés, el pelo de cabra, son las telas mas generalizadas.

Como el paletó corto ó marinera se ha generalizado tanto, muchas señoras prefieren una pelerina redonda ó talma pequeña.

Con respecto á sombreros acomodados para estos trajes, los de forma llamada á *la Emperatriz* son los que mas convienen á las señoras jóvenes; los de campana ó á la batelera, son mas á propósito para señoritas.

El sombrero Emperatriz es de ala redonda y bajo de copa: sobre la orilla de adelante se coloca un grupo de plumas de dos colores, como encarnado y negro, blanco y negro, gris y azul: en el centro de estas plumas suele ponerse un ramo de flores, ó algunos granos de frutas, como guindas, etc. Un velete de tul ó de gasa va cosido todo alrededor del ala, y forma por detrás como un bavolet, cayendo sobre los hombros. Estos sombreros son de paja de Italia ó de paja de pleitas negras y blancas, con un terciopelo negro en las orillas, al cual se cose el velo.

Como el figurin de detalles que repartimos hoy pertenece al ramo de Modas que en Francia llaman *Lingerie*, debemos decir á nuestras lectoras que este género ofrece hoy modelos de gran novedad. La moda de los vestidos altos y cerrados habia disminuido mucho el uso de las camisetas y aun el de los fichús. Hoy, que la mayor parte de los vestidos de verano se hacen mas ó menos escotados, los fichús ofrecen una gran variedad en sus formas: se llevan redondos, en punta, escotados ó cerrados, y para traje mas vestido, de encaje negro ó blanco ó de guipur.

Explicacion del FIGURIN de detalles, número 673 bis.

NUM. 1. *Peinador* de nansouck, semi-ajustado, con cuello doblado y manga con vuelta: los contornos del vestido y los bolsillos van guarnecidos de un plegado con cabeza en las dos orillas.

NUM. 2. *Gorra* de batista, guarnecida por delante de un rizado festoneado: el fondo, que es pequeño y redondo, va cubierto de guarniciones festoneadas: entre estas y la de adelante se coloca un gran lazo de cinta de seda color de rosa: de esta misma son las bridas y la que pasa por las jaretas.

NUM. 3. *Cofia Maria Antonieta* con fondo de muselina guarnecido de un ancho valenciennes muy fruncido por debajo de un retorcido de cinta lila, con un lazo de esta misma en la parte superior.

NUM. 4. *Camiseta* suiza, de muselina, con plegado grueso: el escote va adornado de un bullon de muselina con un terciopelito negro en el centro del encaje que guarnece las dos orillas: correspondientes á este adorno son los puños de las mangas.

NUM. 5. *Camiseta* con cuello de chal abierto, compuesto de entredoses de encaje con puntilla de lo mismo.

NUM. 6. *Manga bullon* de muselina, correspondiente á la camiseta núm. 4.

NUM. 7. *Manga hueca* de muselina, adornada de una abertura compuesta de tiras bordadas y bullones de muselina: un rizado de encaje guarnece este adorno, al cual corresponde el puño que cierra la manga.

Además de los modelos que anteceden hay en el grabado otros dos de sombreros.

El primero es de crin blanca, bordada en el ala y bavolet: una blonda negra estrecha acompaña los contornos de este bordado: encima del fondo se coloca una *jardinera*, cuyo ramaje cae á un lado, con un grupo de flores en la parte superior: otro adorna el ala entre las blondas.

El segundo sombrero tiene el ala de paja belga, con la orilla ondeada y guarnecida de un terciopelito negro. Un echarpe de cinta verde, con lazada en la parte superior, sirve de bridas: el bavolet es de grós verde, y el fondo puede ser verde ó blanco, cubierto con una redecilla de terciopelitos negros.

AURORA PEREZ MIRON.

RECTIFICACION.

Por un error involuntario se puso en el SONETO inserto en nuestro número anterior la firma de don Eduardo Lustonó, en lugar de la de D. JOSE MARIA GOMEZ NORIEGA. Hacemos esta rectificacion en honor á la verdad y en obsequio á la memoria del autor, distinguido poeta murciano que falleció en esta córte hace algunos años.

Por lo no firmado: El Director

Y EDITOR PROPIETARIO—P. J. de la Peña.



Imp. Jouglaire et Finaud, Paris.

673 bis

LE MONITEUR DE LA MODE

Paris, Rue de Richelieu, 92.



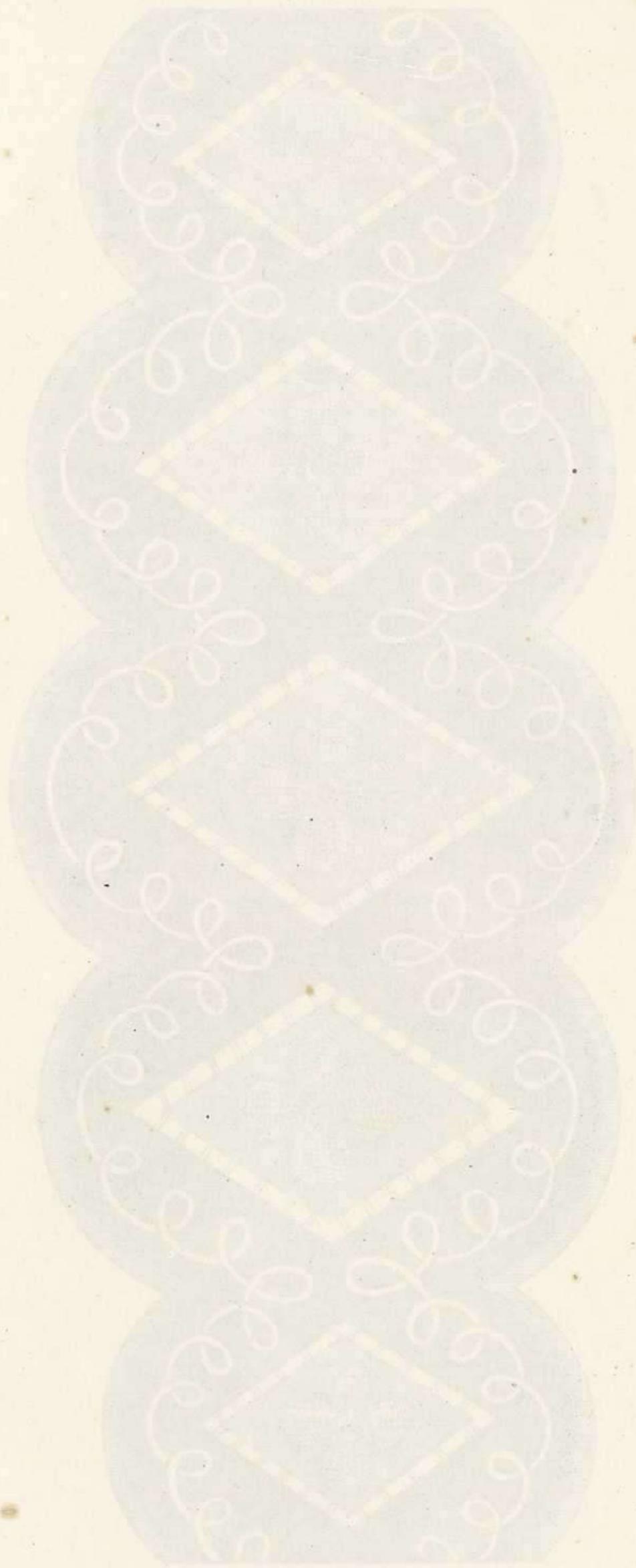
Junio de 1862.

Lit. de Aragon.

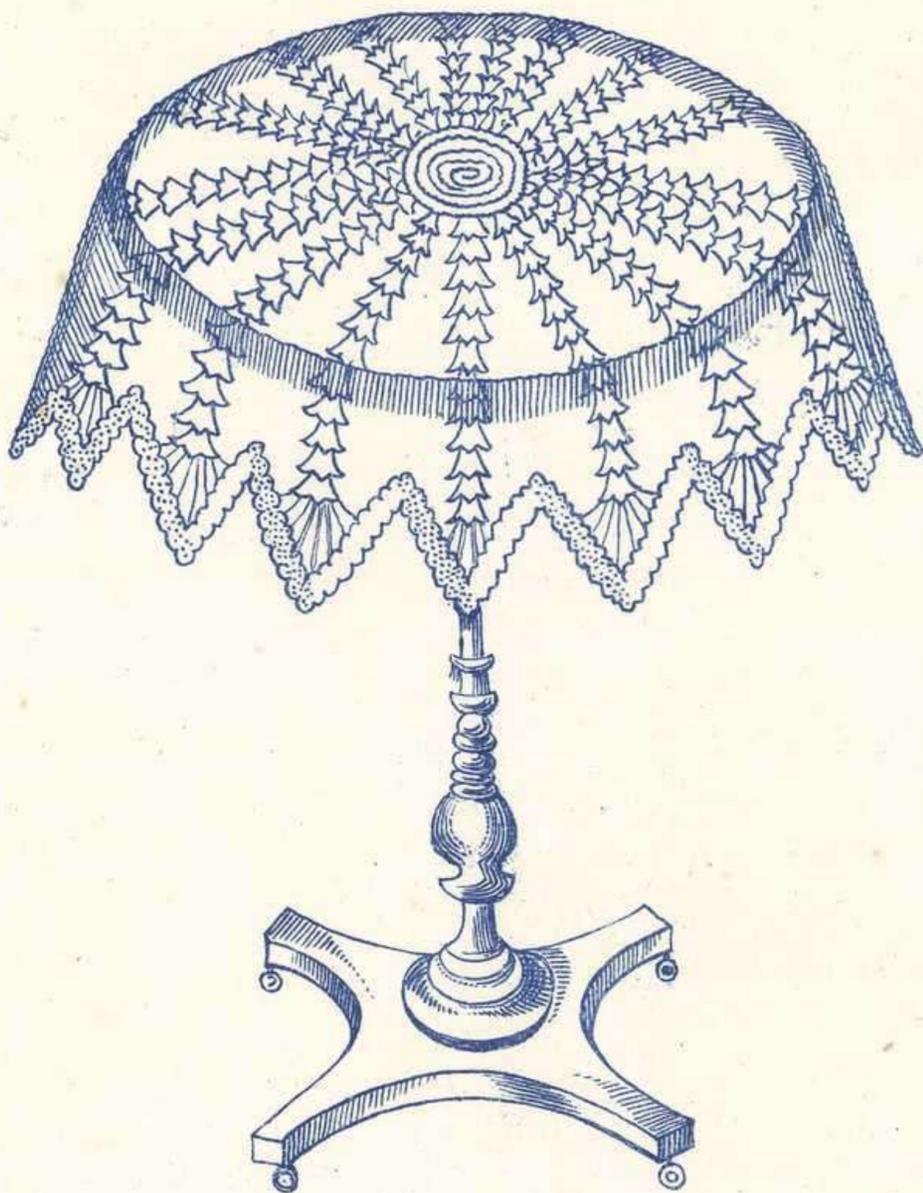
Correo de la Moda.

Calle de Lope de Vega 10.

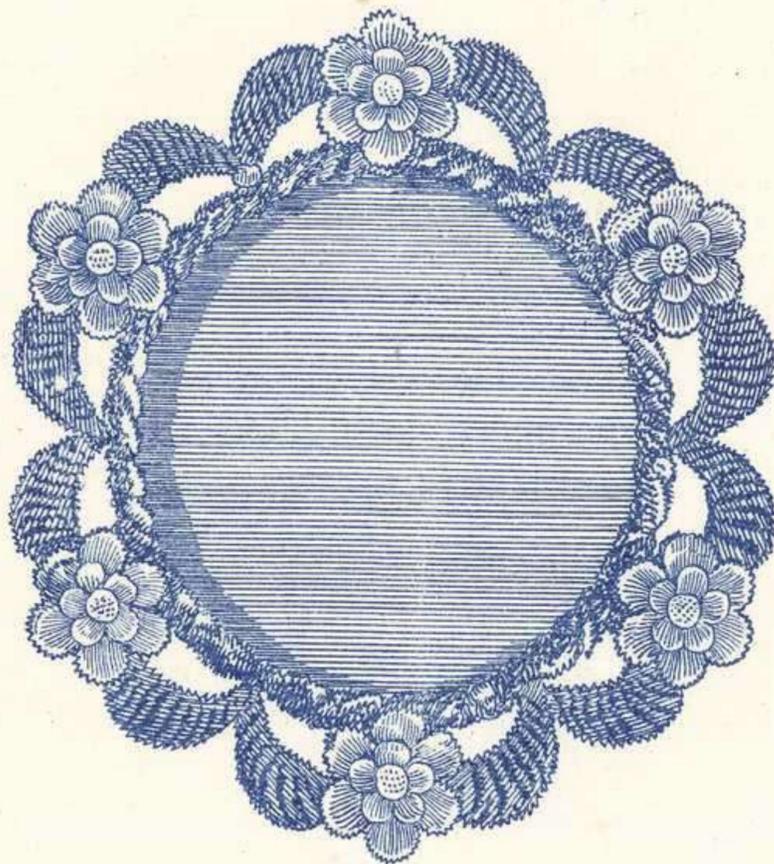
MADRID.



1



2.



Junio de 1862.

Lit. de Aragon.

Correo de la Moda.

Calle de Lope de Vega 10.

MADRID.

